



nietzsche

Conferencia Internacional / International Conference

el devenir de la vida the becoming of life

Actas / Proceedings

**Una herida del tiempo: A propósito del espacio y
la escritura en Nietzsche**

VALERIA SANHUEZA SOTO

17, Instituto de Estudios Críticos

México

Una herida del tiempo: A propósito del espacio y la escritura en Nietzsche

VALERIA SANHUEZA SOTO

17, Instituto de Estudios Críticos

México

Licenciada en filosofía, Pontificia Universidad Católica de Chile, y doctora, Universidad Autónoma de Madrid.

Me abstengo de repasar las promesas de mi *abstract* para aferrarme a las páginas que tengo entre manos. Comienzo. En este breve comentario indago un momento preciso del texto nietzscheano, esto es, la alusión de *Ecce homo* (1889) sobre el recuerdo como una herida purulenta, asociación del “lugar” de la herida a su carácter memorioso: la herida es “del tiempo”. No obstante, no intento acercarme a un recuento o registro de la polisemia de la “herida” en el léxico de esta filosofía, de recabar un sentido unívoco ni aportar un esquema de su conjunción espacio/temporal. En cambio, a propósito de este pasaje, pretendo producir una lectura que concierna a la escritura de Nietzsche. A través de esta lectura, entonces, sorteo el protocolo temático de esta Conferencia: la “vida”, como noción eminente de esta filosofía, estaría dictada, según entiendo, por una escritura del espaciamento y del desplazamiento retórico.

Las determinaciones de lo enfermo, en parte de su registro en la obra nietzscheana, el lugar de la herida se cruza con nociones eminentemente temporales. Nietzsche tipifica la enfermedad como vulnerabilidad (*Verletzlichkeit* o *Verwundbarkeit*, “vulnerable”, “susceptible de ser herido”), debilidad de la respuesta y reblandecimiento de un instinto de ataque vinculados al “resentimiento”. De este modo, y de acuerdo a las citas de la primera sección de *Ecce homo* que examino aquí, la fragilidad inmunológica supone la relación interiorizada y contagiosa en que se asocian herida y recuerdo: « (...) [en la enfermedad] se reblandece en el hombre el auténtico instinto de salud, es decir, el *instinto de defensa y de ataque*. No sabe uno desembarazarse de nada, no sabe uno liquidar ningún asunto pendiente, no sabe uno rechazar nada, — todo hiere. Personas y cosas nos importunan moleestamente, las vivencias llegan muy hondo, el recuerdo es una herida purulenta (*die Erinnerung ist eine eiterne Wunde*). El mismo estar enfermo es una especie de resentimiento»¹. El texto enfatiza, así, la vulnerabilidad y la durabilidad del daño, mientras postula, sobre los indicios de un fondo anímico, el lugar de su reserva interior. El alcance de esta sentencia se esclarece, asimismo, en *La genealogía de la moral*, donde este rechazo activo o deficiente se dirime como inhibición de la reacción de acuerdo a la irrupción ascética². Reseñaré algunos de los indicios de este último texto.

En efecto, *La genealogía de la moral* declara a la reacción, en cuanto respuesta activa e inmediata, como reverso del rechazo abúlico del estímulo que caracteriza al temperamento ascético, el cual acontece, en cambio, como contestación retardada.

Tras la guisa de esta reacción deprimida, la configuración ascética de la herida se decanta en el interior. Esto es, en tanto acontece como sumisión, su reacción se despliega por dentro. La exteriorización de la fuerza es, desde entonces, subvertida, de modo que las consecuencias de la herida o el daño –su acaecimiento “sumiso”– resultan en el sometimiento del instinto corporal reactivo y hacia fuera por medio de la interiorización del desahogo: «Todos los instintos que no se desahogan hacia fuera se vuelven hacia dentro – esto es lo que yo llamo la *interiorización* del hombre: únicamente con esto se desarrolla en él lo que más tarde se denomina su “alma”. Todo el mundo interior, *originariamente* delgado, como encerrado entre dos pieles, fue separándose y creciendo, fue adquiriendo profundidad, anchura, altura, en la medida que el desarrollo del hombre hacia fuera fue quedando *inhibido*»³. Los afectos resentidos, su vínculo fundamental entre vulnerabilidad y vasallaje, difieren, de este modo, de la nobleza de los afectos activos que tienden a exteriorizarse como avasallamiento, como dominio e imposición, afirmación que partiendo de sí sanciona el estímulo como un contraste subordinado. El odio y la venganza, en cuanto afectos que tergiversan el estímulo y pretextan o encubren el padecimiento fisiológico, aturden el dolor por medio de una revancha imaginaria que reniega así de su propio malestar, construyendo, en cambio, un ámbito recóndito donde proyectar su recelo⁴: « (...) abren las más viejas heridas, sangran por cicatrices curadas mucho tiempo antes, convierten en malhechores al amigo, a la mujer, al hijo y a todo lo que se encuentra cerca de ellos»⁵. Los comentarios de Nietzsche sobre la relación invertida y el regreso culposo sobre sí mismo insisten en el efecto de restitución de esta dialéctica: la sospecha odiosa hacia los demás se transmuta en culpa y aflicción del ánimo⁶.

Estaciono aquí esta revista y regreso con ella a la cita de *Ecce homo* que anuncia la relación memoriosa de la herida sobre la base del resentimiento. En efecto, al resentimiento, pertenece la mirada invertida que establece valores de acuerdo a su impotencia contra el tiempo: corresponde a su temple reactivo el no olvidar nada. La herida es el espacio que media, que se introduce y habita en el interior, sitio donde su fisura permanece y dura. El lugar de la herida (*die Wunde Stelle*), la grieta que se dilata, se ofrece, de este modo, en su asociación temporal, como marcas fijas y huellas conservadas: su estación es, entonces, el “atrás” (por lo pronto, hay que decir que *Wunde*, “herida”, es aquí un sustantivo aún más preciso que *Verletzung*, que significa también “ofensa” o *Beleidigung*, pero que destaca la situación de una herida en el presente⁷; si bien comparte con *Wunde* el sentido de la estigmatización de la marca moral, de la pérdida del honor o la virginidad, ésta indica, entre otros, la estigmatización del martirio y la señal corporal de un alma pecadora⁸). Se entiende, entonces, la conexión cabal entre interior y memoria, esto es, el interior como lugar en que se inscribe la especificidad del temple reactivo como recuerdo: su apertura se instala en el padecimiento “interior” y su índole reflexiva⁹, de modo análogo a la herida ascética del alma atormentada, o, según se entiende, el alma misma como herida o lesión.

Aunque no pretendo hacer una composición simétrica de los episodios de *Ecce homo*, quisiera leer, sobre la marcha, la índole que anuda la escritura de “sí mismo” con la “fatalidad” a propósito de las cuestiones que he referido sobre la herida ulcerosa que Nietzsche asocia al resentimiento. Sobre esta combinatoria con la fatalidad, me parece, se desequilibra el esquema de tiempos y lugares que propone el texto, por medio de una estrategia de transposición de la herida misma.

En efecto, una de las sentencias más oficiosas del *Prólogo* de *Ecce homo* anuncia el propósito de este escrito como “quién soy yo”: «¡Escuchadme!, pues yo soy tal y tal. ¡Sobre todo, no me confundáis con otros!»¹⁰. La intención de zanjar el malentendido filosófico de cara a la posteridad (“no querer confundirse con otros”) se conecta, asimismo, con la sentencia del epígrafe: «Y así me cuenta la vida a mí mismo»¹¹. En este punto se articula, según veo, la máxima del libro, “dar testimonio de mí” o “yo soy tal y tal”¹², con la fórmula del fatalismo ruso, “no quererse *distinto*”. Con respecto a esto último, el párrafo 6 avisa la cura del resentimiento en los siguientes términos: «Contra esto [el resentimiento] el enfermo no tiene más que un gran remedio: yo lo llamo el *fatalismo ruso*, aquel fatalismo sin rebelión en virtud del cual un soldado ruso a quien la campaña le resulta demasiado dura acaba por tenderse en la nieve. No aceptar ya absolutamente nada, no tomar nada, no acoger nada dentro de sí, - no reaccionar ya en absoluto... (...) consiste en reducir el metabolismo, en tornarlo lento, en una especie de voluntad de letargo invernal (...) Puesto que nos consumiríamos demasiado pronto si llegásemos a reaccionar, ya no reaccionamos: ésta es la lógica»¹³. Se trata, en este sentido, y según menciona el indicio de un párrafo cercano de la misma sección (*Por qué soy tan sabio*), de congelar el envenenamiento con sangre fría, de la lenta reacción frente a toda especie de estímulos: “Mi sangre circula lentamente”¹⁴.

Repaso el tratamiento nietzscheano y su receta del fatalismo ruso: consiste en adivinar la cura y crear remedios a partir de las contrariedades, según la fórmula “lo que no mata hace más fuerte”, y de acuerdo al principio de selección “dejar caer al suelo muchas cosas”¹⁵. Ahora bien, en el texto, las “contrariedades” o casualidades nefastas que habrían de someterse a esta terapia, están conectadas con una serie de momentos paradójicos; en efecto, el texto dice que la gran razón de este fatalismo es el valor para la muerte, el que es, sin embargo, “conservador de la vida en las circunstancias más peligrosas para ésta”¹⁶, esto es, que la muerte salva a la vida; así también, declara que aferrarse a situaciones inmodificables, a un pasado y presente no cambiables, remedia la virulencia de la “herida”, la cual consistía, precisamente, en obstinarse en el pretérito; habría que mencionar, por último, que el mismo carácter fatídico de esta operación deja todo como está, es decir, mantiene la reacción al estímulo en estado de “sumisión” (tópico del resentimiento). Pienso que estas paradojas no sólo pueden ser entendidas desde la mera enunciación del texto (no se trata, como es obvio, de una serie de objeciones formales), es decir, únicamente como parte de las transposiciones de lo enfermo o cambio de perspectiva que transforma a la enfermedad misma en su divisa. Y esto, entre otras cosas, porque Nietzsche despliega aquí un manejo retórico que reutiliza la herida.

En efecto, si la herida puede ocasionar esta nueva escritura de sí mismo, el «Tomarse a sí mismo como un *fatum*»¹⁷, la coordinada del interior y su memoria concomitante quedan trastornadas. El intercambio atributivo de la enfermedad que “reutiliza” la herida en estos textos no permite ya que se la ordene de acuerdo a las coordenadas interior/exterior o antes/después (“el recuerdo es una herida purulenta”); en este sentido he hablado antes de “desplazamiento retórico”. La herida, en tanto lugar o espacio de inscripción, se encuentra así expuesta al fracaso de la propiedad, de su lugar propio. No sólo es despojada de su estigma memorioso a fuerza de desplazamientos, sino que esta misma operación de injerto escritural, por así decirlo, la

priva de sitio, la re-sitúa en un “no-lugar” o situación insignificante. De este modo, la jerarquía¹⁸ o la distancia entre reactivos y activos, acontece al nivel de una escritura que se cuenta a sí misma como *fatum*, moviéndose sobre la superficie del texto sin zanjarse “malentendidos” (el malentendido sería, más bien, la confusión de la filosofía de Nietzsche con la “lectura ideal” de su contenido y su tesis). Así, el acontecimiento lingüístico y fictivo del “cuento” de sí como distancia (lo que no soy yo), genera tropiezos entre nociones expropiadas por la misma escritura nietzscheana.

Concluyo brevemente. En *Ecce homo*, Nietzsche propone la relación fictiva (ascético/nihilista) de una fisura que se interioriza, perdura y expande. De este modo, la situación de la herida, la marca del lugar en que se enquistaba la enfermedad, apunta al interior anímico, mientras su condición reactiva indica el vínculo decisivo con respecto al pasado. Sin embargo, en la operación que invierte los efectos de la enfermedad, la herida señala la acepción del daño superficial y abierto en que acontece su reinscripción y el extravío de sus atributos.

Notas

¹ Friedrich Nietzsche, *Ecce homo* (Berlín/New York: Gruyter, 1999), 272; 29 de la trad. Aquí parece más oportuno variar la traducción de Sánchez Pascual, quien apunta, en cambio, “todo hiede”; “alles verletzt”, en una versión más literal del original alemán, entonces, “todo hiere”.

² Hay que decir que hay apuntes que refuerzan esta idea, por ejemplo, en uno de los fragmentos de fines de 1886/comienzos de 1887, la herida que produce la vivencia y el contacto hacia afuera acontece según la disyunción “reacción” o “sumisión”, esto es, se dirime como rechazo activo o deficiente de un acoso externo: «La herida provoca la reacción o la sumisión»; Friedrich Nietzsche, *Nachgelassene Fragmente 1885 - 1887*, 7 [51] (Berlín/New York: Gruyter, 1999), 312.

³ Nietzsche, *Zur Genealogie der Moral* (Berlín/New York: Gruyter, 1999), 322; 108-109 de la trad.

⁴ *Ibid.*, 266-267; 46 de la trad.

⁵ *Ibid.*, 375; 165 de la trad.

⁶ *Ibid.*, 303-304; 89 de la trad.

⁷ Jacob y Wilhelm Grimm, *Deutsches Wörterbuch* vol. 12, I secc. (Leipzig: Verlag von S. Hirzel, 1960), 779-783. Comprometo aquí de paso la variación que las palabras *Wunde* y *Verletzung* tienen en la lengua alemana, aunque no pretendo incorporar una etimología que apunte a un origen sin a ciertas figuras.

⁸ *Ibid.*, vol. 14, II secc. 1771-1781.

⁹ Se entiende, aquí, la alusión al periplo hegeliano de la *Erinnerung* y del acento reflexivo del verbo *sich erinnern* en cuanto interiorización reflexiva.

¹⁰ Nietzsche, *Ecce homo*, 257; 16 de la trad.

¹¹ *Ibid.*, 263; 19 de la trad.

¹² *Ibid.*, 257; 15 de la trad.

¹³ *Ibid.*, 272; 30 de la trad.

¹⁴ *Ibid.*, 265; 22 de la trad.

¹⁵ *Ibid.*, 267; 24 de la trad.

¹⁶ *Ibid.*, 272; 30 de la trad.

¹⁷ *Ibid.*, 273; 31 de la trad.

¹⁸ Deleuze habla de la jerarquía en cuanto diferencia de las fuerzas activas y reactivas, la superioridad de las fuerzas activas sobre las reactivas y, por otra parte, del triunfo de las fuerzas reactivas; cf. Gilles Deleuze, *Nietzsche y la filosofía* (Barcelona, Anagrama, 2000), 88-89. Por otra parte, hay que anotar que la índole de la jerarquía nietzscheana no es la sumisión o dominio estable, ni la transferencia cíclica de los sitios, por ejemplo, el cambio del afuera por el adentro o el privilegio de lo externo. Se trata, más bien, de transformar el esquema jerárquico por medio de la escritura, su diferencia y su estilo, punto desde el cual también se libera a la inversión misma de su “tesis”, “contenido” y “sentido”; cf. Jacques Derrida, *Espolones* (Valencia: Pre-textos, 1997), 87-90. La lectura que Paul De Man ha hecho del texto nietzscheano, señala en el “giro retórico” del joven Nietzsche la idea del lenguaje como promesa de disociación entre la producción de sentido y sentido mismo. De este modo, De Man ha apuntado, igualmente, al “modelo retórico” del tropo como clave de la crítica nietzscheana a la metafísica; cf. Paul De Man, *Alegorías de la lectura* (Barcelona: Lumen, 1990), 132.

BIBLIOGRAFÍA

- Deleuze, Gilles, *Nietzsche y la filosofía*. Traducción de Carmen Artal. Barcelona: Anagrama, 2000.
- De Man, Paul, *Alegorías de la lectura. Lenguaje figurado en Rousseau, Nietzsche, Rilke y Proust*. Traducción de Enrique Lynch. Barcelona: Editorial Lumen, 1990.
- Derrida, Jacques, *Espolones. Los estilos de Nietzsche*. Traducción Manuel Arranz Lázaro. Valencia, Pre- Textos, 1997.
- Grimm, Jacob y Wilhelm, eds. *Deutsches Wörterbuch* vol. 12 y 14, I y II secc. Leipzig: Verlag von S. Hirzel, 1960.
- Nietzsche, Friedrich, *Ecce homo. Wie man wird, was man ist* en *Kritische Studienausgabe* vol. 6, *Sämtliche Werke* in 15 vol. eds. Giorgio Colli y Mazzimo Montinari. Berlin: Gruyter Berlin/New York, 1999. *Ecce homo, Cómo se llega ser lo que se es*. Traducción de Andrés Sánchez Pascual. Madrid: Alianza, 1995.
- Nietzsche, Friedrich, *Nachgelassene Fragmente 1885 – 1887* en *Kritische Studienausgabe* vol. 12, *Sämtliche Werke* in 15 vol. eds. Giorgio Colli y Mazzimo Montinari. Berlin: Gruyter Berlin/New York, 1999.
- Nietzsche, Friedrich, *Zur Genealogie der Moral. Ein Streitschrift* en *Kritische Studienausgabe* vol. 5, *Sämtliche Werke* in 15 vol. eds. Giorgio Colli y Mazzimo Montinari. Berlin: Gruyter Berlin/New York, 1999.
- Nietzsche, Friedrich, *La genealogía de la moral. Un escrito polémico*. Traducción de Andrés Sánchez Pascual. Madrid: Alianza, 2000.